

Petru aboga porque madrugemos más. Dice que la tierra no espera y que para disfrutar de sus frutos hay que respetar las estaciones. Le he preguntado qué semillas traerá este año, pero sigue haciendo sus cábalas. Murmura entre dientes, se rasca la cabeza y mira con nostalgia el cielo.

Las que madrugamos de verdad somos madre y yo. El sol apenas ilumina la copa de los árboles cuando ponemos los desayunos. A mí, a mayores, me toca recoger la mesa y ayudar en la colada. Apilo la ropa, lleno los baldes y recojo las pinzas. Cuando regreso Petru ha calentado la leche y ha puesto los cuencos en la mesa. Si hace buen día, fregamos la casa con las ventanas abiertas y sacamos las macetas al jardín.

Hoy ha habido más revuelo de lo habitual. Petru estaba seleccionando la fruta cuando hemos visto llegar el coche. Se ha bajado un señor con corbata y un maletín negro bajo el brazo. Ha sacado unos papeles y los ha movido con fuerza. “Qué es lo que quiere”, le ha preguntado Petru, pero el hombre, como si odiase perder el tiempo, se ha reído sin ganas.

- No importa. – ha exclamado - ¿Sabe que es esto? Es un título de propiedad. Estas tierras que cultivan sin permiso y han convertido en una comuna, pertenecen a la empresa que represento. Tienen que abandonarlas en el plazo de una semana. ¿Comprende? Se va a meter aquí una pala... ¡Una excavadora!

Madre y yo nos hemos mirado asustadas, temiendo lo peor. Pero Petru, que a veces se enoja fácilmente, no ha dicho nada. Se ha dado media vuelta, se ha puesto a silbar y ha seguido trabajando. Al ver su reacción, como si le hubiese picado un tábano, el hombre se ha puesto a gritar:

- ¡Una semana! – ha bramado - La próxima vez no vendré templando gaitas, ¿entienden? Jodidos extranjeros...

Petru, de repente, se ha reído y, al mirarme, yo también lo he hecho: no esperaba esa mirada suya, ni que despidiera al hombre alzando la mano. Supongo que quería perderlo de vista y hacérselo. Luego, ha entrado en casa y ha encendido una emisora. Un señor de voz ronca, muy excitado, ha comentado que hoy empezaba el Mundial.

Por la tarde Petru estaba más sombrío. Se ha reunido con mi madre y se han puesto a discutir. Según hablaba, a pesar de su calma, se le iba endureciendo la voz. “Nos quedaremos”, ha suplicado mi madre, y entonces Petru ha cogido una piedra y la ha lanzado lejos. “Los niños no son piedras – ha admitido -; pero no podéis permanecer aquí”. Ha seguido murmurando y dando explicaciones, desplazándose de un sitio para otro. Mi madre ha acabado por venir a mi lado con una sonrisa. “Tenemos que hacer las maletas”, me ha dicho, y me ha acariciado las mejillas, dulcemente, como si tuviera miedo de provocarme un rasguño.

Llevamos aquí seis meses. Antes, habíamos estado en un pueblo pequeño, mucho más al norte. Había un puñado de casas cuyos tejados parecían a punto de caer. Eran tejados preciosos, de pizarra. Los restauramos en invierno y luego sembramos las tierras. Petru y los demás fabricaron colmenas y un pozo artesano. También desbrozaron el monte y apilaron leña. Todo el mundo, incluidos los niños, sabía cuidar la tierra. Algunas veces, sobre todo por la tarde, merodeaban hombres curiosos: nos miraban con

expresión torcida y les oíamos reírse. Nos llamaban hippys, muertos de hambre, o ecologistas chiflados. Algunos, los más jóvenes, eran violentos, y a veces nos arrojaban pedruscos. Solían llevar el cráneo rapado y vestían cazadoras negras.

Madre no quiere transportar muchas cosas. Dice que donde vamos no nos va a faltar de nada: “Hay buenos y viejos amigos allí; ya lo verás”. Mi hermano ya estuvo una vez en ese sitio, hace años, recogiendo fruta. Me ha comentado que acamparon al raso y que había chicas de mi edad.

Me he pasado la mañana ayudando a madre y clasificando tesoros: no dejaré a Sussy, la muñeca de trapo que me fabricó Petru. Tampoco la jarra de estaño que hallé junto al río. A lo mejor, si no abulta mucho, le hago un hueco bajo un jersey.

Georgeta es la que está más confusa. Es una muchacha especial, a la que algunos miran con lástima. Yo creo que es más lista que muchos, porque tiene un mundo secreto. Me ha preguntado si nos íbamos a llevar el borrico y le he dicho que no. Lo que no sé es que ocurrirá con el pobre animal. Petru lo heredó de un amigo y lleva un año con nosotros. Es un rucio de orejas raídas, ojos húmedos y andar tristón. No obstante, quedan pocos ejemplares de su raza. Además, que yo recuerde, nunca ha coceado a nadie. Vamos, que es un asno pacífico y al rebuznar, sobre todo al amanecer, es como si reclamara piedad al mundo.

Cuando acude la noche, Petru llega mohíno. Es un hombre grande, corpulento, habituado a trabajar con las manos. Siempre nos dice que, respetando la tierra, podemos

alcanzar cierta felicidad: “Nadie es feliz del todo – agrega -; pero es más fácil serlo si consigues vivir sin dañar a nadie”.

Petru ha entrado cantando, pero ha mirado a madre y se le han empequeñecido los ojos. Las sombras se han agitado de un lado a otro, ligeras, como cenizas en el aire.

Luego le hemos oído rasguear con lentitud su guitarra, a la que hace tiempo bautizó Leonor.

Ha tocado esa canción de los Rolling, *Ruby Tuesday*, que tanto le gusta a mamá.

Ha ido viniendo gente, algunos con flautas y otros con armónicas. *La banda bajo la luz de la luna*, que es el nombre improvisado que le ha puesto Georgeta, ha estado tocando hasta el alba.

Los jueves, en la ciudad, acudía a un aula. Iba a sacar el graduado con otros chicos que no sabían español. Era un sitio viejo y polvoriento, pero estaba caliente.

Madre se informó de lo que necesitaba y me compró un cuaderno con tapas de hule. Lo llevaba bajo el brazo; si tenía frío, sobre los pechos. Era un cuaderno grueso, grande, de hojas cuadriculadas. Mi hermano solía escondérmelo y a veces conseguía enojarme.

En el aula, impartía lecciones un chico llamado Miguel. Era un maestro serio, con bigote, que a veces nos hablaba de su hija. Su hija se llama María, como yo.

En una ocasión, me sacó a la pizarra para que dibujase un animal. Yo estaba cohibida y me temblaban un poco las piernas. Empecé por la cabeza, porque quería dibujar un burro, pero al final me salió otra cosa: lo cierto es que no se parecía a ningún animal. Los demás chicos, seis o siete, se burlaron de mí. Aquel día Miguel me dio, no

sé porqué, un obsequio a escondidas: un estuche de latón con tizas de colores. Hasta esa tarde creía que sólo existían las tizas blancas: donde nació, cerca de Bucarest, sólo eran blancas.

No se lo dije a nadie, ni siquiera a mi madre: las metí bajo la cama, entre mis mudas, en una caja de zapatos vacía.

Antes de irnos, ha ocurrido algo triste. Esta noche, mientras dormía, vino a despertarme Georgeta. Al amanecer, Petru ha cogido el borrico por el ronزال y se lo ha llevado a la feria. A Georgeta que adoraba a ese burrillo, le faltaba poco para llorar.

- A lo mejor encuentra una borrica por ahí – le he dicho yo.

No sé si le he consolado, pero se ha ido a la cama más tranquila.

Aquí somos muy cuidadosos con lo que tiramos. Normalmente, todo es aprovechable y evitamos que ocupe el lugar que no se merece. Esto último, lo de dar a las cosas el emplazamiento que se merecen, fue una idea de un amigo de Petru, un hombre pequeño que había venido del mar. “Fijaros bien – nos explicó un día -, cada cosa en este mundo tiene su sitio asignado, pero la mayoría de las veces no es ni el mejor, ni el más correcto. Por ejemplo, la gente reserva para su tele el mejor sitio del salón, o llena las calles de coches. Es un error tremendo. Todo el mundo sabe que en el centro del salón debes poner la foto de la chica o el chico que te besó por primera vez, y que las calles deberían estar tomadas por niños y niñas jugando. Es muy simple; tanto que cuesta creer que la gente no lo comprenda”. Esas cosas decía el amigo de Petru. Una mañana murmuró que echaba de menos el olor del mar y se marchó colina abajo.

No me considero mejor que nadie, ni me gusta juzgar lo que hacen los demás. Sé que muchas personas nos miran con extrañeza y otras con lástima. No soy constantemente feliz y echo de menos algunas cosas. Las luces de la ciudad, por ejemplo, siempre me han parecido fascinantes. Petru nos baja a veces y solemos ir al cine. Tampoco se lo he dicho a nadie, pero he memorizado diálogos enteros de alguna película. Como esa en la que Johnny Guitar le pregunta a Joan Crawford a cuántos hombres ha olvidado, y ella, sin inmutarse - pero con los ojos húmedos - le responde: “A tantos como mujeres tú recuerdas”. Qué maravilla, ¿verdad? Es una de mis favoritas, al igual que “Con faldas y a lo loco”, o “El hombre tranquilo”. Petru se parece un poco a John Wayne, grande y atormentado como él, necesitado de un lugar apacible y limpio donde empezar su vida. Porque la vida de Petru, según me ha contado mamá, ha sido a veces amarga. “Estuvo en una guerra”, me susurró una vez, pero no me quiso decir más. Ahora Petru parece luchar contra algo invisible, pero que tiene muchas formas: como la corbata del hombre que vino hace unos días, o los niños hambrientos que, a veces, he podido ver entre las sombras de la ciudad.

Empecé el diario al llegar aquí, pero estoy a punto de acabarlo. Aunque no dibujo muy bien, me gusta ponerle ilustraciones: el burro, la noria que levantamos en verano, los amigos de Petru vestidos para recoger miel. También le dedico espacio a las ferias ecológicas. Cuando cae la tarde, nos juntamos bajo una carpa y nos contamos historias. Como la de Jan, el hermano de Petru, que sabiendo que por su estatura se podía librar de la mili, empleó dos jornadas andando desde su pueblo para encoger el

último centímetro que le sobraba. O la de Simona, que tiene un gallo del Curueño de mascota, que siempre anda sacando fotos de granjas de gallinas que luego cuelga en Internet, para que la gente sepa en qué condiciones viven. Su gallo se llama Pablo y tiene el plumaje más lustroso que he visto nunca.

En el diario hay más cosas de las que escribo, misterios que se esconden en los lomos, los renglones, bajo el espacio que ocultan las solapas. Sus hojas recicladas viajan conmigo de un lado a otro e hilvanan sus propios relatos. A veces pienso que así debería ser la vida: como un libro donde los hombres escriben los consejos de otras generaciones y dibujan sus emociones con una letra limpia y dura.

Apenas tuve tiempo de despedirme de Miguel. Me llevó a su despacho y escuchó lo que le contaba. Asintió en silencio, no me hizo ningún reproche, creo que está acostumbrado a vernos marchar. Luego, después de desearme un buen viaje, se acercó a mí y me abrazó con fuerza. “Dibuja todos los burros que veas – me dijo con una sonrisa -, algún día quedarán tan pocos que los echaremos de menos”.

Tenía el bigote húmedo, Miguel, como si hubiese pasado la noche en él un pajarillo recién nacido.

Sin sentirlo, llegó el día de partir.

Los trenes siempre me han inspirado una pizca de miedo: son ruidosos, como las tormentas, y no se sabe de dónde vienen. Estamos las tres en el andén, Georgeta, madre y yo, esperando a que entre uno.

Los viajeros se cruzan con nosotras, arrastrando su equipaje. A veces se detienen un instante y nos miran con recelo. Madre baja la cabeza y no susurra palabra. Aunque es abril, hace bastante frío. Me aprieto dentro de mi chaqueta, mi chaqueta de lana, para protegerme del aire. Se ven coronas de nieve, a lo lejos, en la sierra.

Por fin, el tren entra en la estación, un expreso lleno de parches. Cuando alcanza nuestra altura, mugiendo como un toro, recogemos los bultos. Nuestro vagón, justo el de cola, se encuentra vacío.

Madre no me lo ha dicho, pero creo que no vendrán a despedirnos. Puede que sea mejor así, que no demos pretextos al llanto. Porque Petru, en el fondo, es muy sentimental. Yo llevo conmigo mis recuerdos y mi pequeña lata con las tizas de colores. Ahora, mientras el tren se bambolea y resopla, y cruje sobre las vías, me asalta una pregunta, una duda grande como un planeta: me pregunto quién ayudará a Petru a cuidar la tierra y quién recogerá la ropa los días de lluvia. E imagino esa cuerda de alambre uniendo, como un coral, todos los sitios del mundo que acabaré conociendo.